

NOTA PRELIMINAR

Pas un jour, Premio Médicis 2002 (Grasset & Fasquelle, 2002) es la última novela publicada hasta la fecha por Anne F. Garréta (1962), si exceptuamos la novela coescrita con J. Roubaud, Éros mélancolique (2009). Su traducción está supervisada por el Dr. Hermes Salceda, traductor de Raymond Roussel y de La Disparition de Georges Perec al español.

La novela, se presenta como un análisis del deseo, rastreado por una narradora que se impone escribir cada día, durante cinco horas, sobre el recuerdo que es capaz de evocar del deseo que sintió hacia otra mujer o que cierta mujer sintió hacia ella.

En el ante-scriptum, la narradora presenta las normas sobre las que construirá la ficción. Se dirige a sí misma desdoblándose en un «tú» al que no abandonará. Con este desdoblamiento se inicia ese «desvincularse de sí» que pretende para tratar el tema del deseo. El lector puede sentirse de esta forma identificado con ese «tú». Las doce rememoraciones repartidas en doce capítulos no se

presentan según el orden cronológico en el que la narradora cuenta haberlas escrito, sino en el orden alfabético de las iniciales correspondientes a las mujeres evocadas, conformando un poliedro con aristas filosas cuyo nexo es el tema del deseo y cuyo motor primero es la voluntad de escribir sobre ese deseo.

El lenguaje de Garréta es clásico y vanguardista a un tiempo, de sintaxis a veces minimalista, otras, maximalista, pues se trata de buscar la tangente, de llamar la atención sobre la violencia inherente al lenguaje y a su uso.

El relato autobiográfico, también llamado relato retrospectivo en prosa, es el que una persona construye a partir de su propia existencia cuando hace hincapié en su vida individual y en la historia de su personalidad. En Pas un jour, el narrador elige desvincularse de sí mismo a través de una forma usada tradicionalmente para lo contrario. Del relato retrospectivo, Garréta recupera el extrañamiento de la subjetividad en el tiempo. La narradora de Pas un jour se sitúa en el presente de un pasado irrecuperable, pero que, recordado, construye futuro a través de la escritura. El tono de la novela es pues elegíaco, melancólico, de búsqueda de las huellas del pasado, de constatación de la pérdida. Esta revisión del pasado da lugar a numerosos guiños intertextuales hacia Rousseau, Stendhal, Proust... y a continuas llamadas de atención al lector sobre el propio texto cargadas de humor. Así, Garréta apuesta por la imaginación regresiva y la digresiva, a través de una estética del errabundeo lúcido, del vagar en la realidad, de la distorsión calculada.

De rabiosa actualidad por los cuatro ejes fundamentales que explora su temática (sexualidad, experimentación formal, feminismo y memoria), el acercamiento a

estos temas que ofrece la novela no es simplista, a pesar de tratar temas tan en voga en la literatura de los últimos años. Su sondeo es profundo y el resultado es una radiografía del estado de la cuestión en la sociedad occidental de comienzos del siglo XXI.

Pas un jour tiene indudable interés, tanto por la actualidad del tema como por la originalidad formal poderosa que nos descubre su joven autora. En los tiempos que vivimos, actitudes vitales y artísticas como las de Anne F. Garréta son la prueba de que la tradición cultural de nada sirve si no es para avanzar cuestionándola y de que los constreñimientos que la realidad impone claman por convertirse en revulsivos y acicates del advenimiento de nuevas realidades.

Sara Martín Mendiña

NI UN DÍA

A ninguna

ANTE SCRIPTUM

¿Qué hacer con las propias inclinaciones?

Se trataría de escribir otra cosa, de un modo distinto al que sueles hacerlo. Una vez más, pero por otra vía, desprenderte de ti mismo. Desprenderte de las formas que reviste este desprendimiento y tratar de divergir un poco más si cabe de lo que crees ser. Si ya no concibes escribir sin largas y meditadas construcciones, ¿no es hora de ir en su contra?

La novela en ciernes que entrevés y de la que rumias planes, te supondrá años de búsqueda, de composición, de escritura. Lo sientes por tus pocos lectores e intentas no seguir poniendo a prueba su paciencia y buena fe. Ofrecerles, te gustaría, mientras tanto, lo que, sospechas, desean: un divertimento, la ilusión de desvelarles lo que imaginan que un sujeto es. Porque te suponen —debilidad común y puede que todavía hasta en un futuro, inelucta-

ble— un yo.

Como te falta valor para confesarles (de hecho, no te creerían, pues es ésta noticia aterradora y lo será mientras no se nos pase el sarampión de nuestro minúsculo yo) que ningún sujeto se manifiesta nunca en ninguna narración, has decidido al menos fingir que sigues la tendencia considerada hoy natural, y someterte deliberadamente al género de la escritura antaño llamada íntima. Contar la propia vida, parece que no se hace hoy otra cosa, si acaso, desde el ángulo que lleva más de un siglo confiéndole supuestamente un sentido, siendo su clave universal. En fin, la llave maestra de la subjetividad: el deseo.

Y podrás decir, como —y contra— Rousseau, el mismo que ha inaugurado o consumado nuestra corrupción: «Les hacen falta espectáculos en las metrópolis de la era postmoderna, y confesiones a los pueblos idólatras. He visto las costumbres de mi tiempo y he publicado estos relatos. Qué no habré vivido en un siglo en el que tuve que tirarlos al fuego».

Esta ironía te divierte aún antes de haber escrito la primera línea. Jugarás a este juego tan antiguo, hoy idolatrado por la modernidad que rezonga ante el desencanto de verdad: la confesión, o cómo raspar el alinde de todos los espejos.

Un día de septiembre de 1835, en un paseo a orillas del lago Albano, Stendhal o puede que Henri Beyle o Henri Brulard —quién sabe cuál... no sabemos si todos a la vez— traza en la arena las ini-

ciales de las mujeres que ha amado: V, An, Ad, M, Mi, Al, Aine, Apg, Mde, C, G, Aur y, por fin, Mme Azur. De ésta última, no recuerda ya el nombre. Lista de triste Don Juan: «En realidad, no he poseído más que seis de estas mujeres que he amado».

H. B. te presenta ahí el esbozo de un proyecto, melancólico y de una ironía cruel, muy acorde a tu convalecencia: el balbuciente alfabeto del deseo.

Puestos a contravenir a tus hábitos e inclinaciones, más vale hacerlo sistemáticamente. Ésta es la ascesis que te has impuesto (no hay forma más radical de diferir ni disentir de uno mismo que la que ahora emprendes). Cabe en una máxima: ni un día sin una mujer.

Lo que supone simplemente que te asignarás cinco horas (tiempo suficiente para que un sujeto medianamente entrenado componga una redacción escolar) cada día, un mes entero, delante del ordenador, obligándote a contar el recuerdo que guardas de una u otra mujer a quien has deseado o que te ha deseado. El relato no será más que eso, un vaciado de la memoria en el marco estricto de un momento determinado. Escribirás como si fueses a la oficina; serás funcionaria de la memoria de tus deseos, treinta y cinco horas por semana. Ni más ni menos que cinco horas por inicial.

Las acogerás en el orden en el que se te presenten en mente. Las montarás luego por escrito en el orden impersonal del alfabeto. Al cuerno la cronología.

Te prohíbes utilizar tus instrumentos habituales:

nada de pluma, sólo el teclado (¿no se trata de recordar?). Nada de borrador, nada de apuntes en un cuaderno, nada de arquitectura estudiada y construida, ninguna otra regla más que aquéllas, puramente materiales y logísticas, que concedes al acto.

Ningún otro principio más que el de escribir de memoria. Sin pretender decir las cosas tal y como sucedieron, ni tampoco reconstruirlas tal y como habrían podido ser, o tal y como mejor te habría parecido que hubiesen sido, sino tal y como en el momento de evocarlas se te aparecen.

Al hilo del teclado, diezmarás rigurosamente tus recuerdos. Y qué más da si al cabo de las cinco horas de rememoración, nada has consumado. ¿Se trata acaso de saber si hemos *poseído* o no a las mujeres que hemos deseado...? La escritura expuesta a la memoria es meandro e incertidumbre igual que el deseo, nunca afianzado en su fin ni en su objeto.

Ni borrón, ni corrección, ni tachadura. Las frases como vengan, sin planearlas. Interrumpidas así como queden en suspenso. La sintaxis a la altura de la composición...

En fin, quizás consigas, en la limitada medida de tus posibilidades, emular a tus contemporáneos, contando sus vidas, vomitando copias de lo vivido y creyéndoselo.

Podrías haber puesto algo de tu parte y escribir un diario. Pero no tienes el talento de tus contemporáneos. Del día a día, poco podrías rescatar: nada te sucede fuera de la memoria. Sólo captas el instante

a través del recuerdo lejano, una vez que el olvido confiere a las cosas, a los seres, a los acontecimientos, la densidad que de día, evanescentes, nunca tienen. Tus días son de vapor, de bruma imperceptible. El mundo (y tú también) es fantasma que sólo el tiempo, la noche del tiempo, revela y en el mismo instante borra. A pleno día, ni siquiera tienen sombra. Sensibilidad de placa fotográfica, que no se revela sino lentamente. Y que, según crees, no conoce fijador: traída a la luz de la pantalla, de la página y largamente expuesta a la mirada, la memoria se disuelve irremisiblemente. No queda de ella más que la imagen de la imagen, el cliché tomado a la hora de la rememoración. De copia en copia del recuerdo, empalidece, cambia. No queda pronto más que la caricatura —y sólo aquellos detalles que la mirada, al anquilosarse, ha agrandado.

Te concentrarás y te disiparás así a un tiempo. Te disiparás en pensamiento, te librarás a un libertinaje mental a horas fijas, y puramente discursivo, tú que desde hace una eternidad has renunciado al libertinaje, y te has vuelto de una sencillez de costumbres que tus contemporáneos no creerían. Y que, es cierto, jamás hubieses podido imaginar mientras te creíste contemporánea de ti misma.

Te disiparás en pensamiento, y para divertirte de los deseos que pudieses todavía sentir, que sigues corriendo el riesgo de sentir muy a pesar de que hayas aprendido a sortear sus trampas más triviales.

Digamos que es una hermosa tarde de verano,

que tras tres meses postrada en tu diván esperando a que se suelde la enorme fractura que te ha dejado en la pierna derecha dos placas de metal, trece tornillos y el vicio de analizar los matices sutiles del dolor físico, el regusto de la morfina sabor granadina, de maravillarte de la suerte que has tenido, pensándolo bien, de salir tan bien parada de un accidente absurdo, pues cuando has revelado su recuerdo, has comprendido al fin que pudo haberte costado la vida o el cuerpo, dividiéndolo merced a una parálisis más o menos grave, digamos pues que tras tres meses y renovado una vez más el contrato con la vida, con el movimiento, es una hermosísima tarde de verano, una tarde en la que el cuerpo, por fin libre de demasiado dolor, recobra en el desorden todos sus apetitos, el de la danza, el de los otros cuerpos, el de las mujeres. Bastaría con ir a la terraza de un café, sentarse a mirar a las desconocidas. El deseo seguramente se precipitaría a su inclinación, bastante abrupta de por sí, y puede que antes de saberlo ya te habrías creado más recuerdos.

Pasa con el deseo como con el dolor —te lo ha enseñado tu accidente—. Es la sorpresa lo que los vuelve incontrolables. Despertar de su ausencia brutalmente, todo lo arrastran. Mantenerlos a raya exige sangre fría, atención y regularidad.

Disipar, esquivar o dispersar tus deseos, tal es la finalidad de este pequeño experimento que intentas y del que esperas baste a guiarte hasta el momento

de subir al avión que te llevará allende el Atlántico a la otra orilla del deseo. O dicho de otro modo, tú, la que fueras tan frívola, de una frivolidad que seguramente los relatos que pretendes desentrañar cada día de este mes de julio de 2000 amenazan con ilustrar demasiado, tú, pues, la que fueras tan frívola, y cuya inclinación natural (digamos que, seguramente humana, y agravada por toda la sobreestimación francesa de ese arte de ser voluble que confunde gracia con ligereza, placeres de la carne con los de vanidad) dista de estar arrasada, te has propuesto de un tiempo a esta parte no vivir nunca más sometida a deseos desordenados.

Porque la vida es demasiado corta para resignarse a leer libros mal escritos y acostarse con mujeres que uno no ama.